

25 de abril

Qué descorazonador es todo. Después de haberlo hecho, uno permanece en silencio un poquito más, como si pretendiéramos callar, de cualquier modo, ese murmullo del cuerpo extrañamente quebrantado. Debí suponer que sucedería ahora, en la quietud malsana de la noche, cuando arden los taxis en las calles contiguas y mis entrañas no dejan de ser un vago recuerdo. Ella era así y la hermosura, o bien eso que con frecuencia confundimos y queremos que sea de tal forma, me la entregó de súbito desnudando su pereza y tardando con sus medias porque, protestaba con los ligueros en la mano, aún puedes esperar a que remate. Recordaba haberla visto en octubre en el Café de Joro y, de aquella, mi salud no era todavía tan nefasta, ni plural en despropósitos, en daños. Qué sé yo... Lo hicimos muy deprisa, como es costumbre horrenda en ciertos sitios, y se marchó a su barrio. Querría dibujar ahora su piel sobre mi piel, detener el tiempo entre sus muslos y que se entretuviera el sueño en acercarse hasta mañana, hasta el improbable *a continuación* de un día. Veré si consigo terminar la copa. Aparte de Charlotte, amiga fiel y platino que se tiñe, nadie hay en la Casa. Cumple de manera fenomenal con su trabajo y yo me digo que la felicidad, el engaño, será algo semejante a ese acto caliginoso que sin amor procura amor a quien lo paga. Es inocente en sus gemidos y me gusta, y por lo demás es tierna. Y su estilo, el cabal para complacer a un ogro. Dónde está de noche Virginia con sus modales delgados como su cuerpo que vale más soñarlo. Nunca volveré a dormir, lo presiento, mas qué importa ya a horas tan fatídicas.

30 de abril

La serenidad esconde un nombre que desfigura la boca, es la imagen de una mujer que sufre el placer equivocándose. Son tantos años los que espero aquí tendido a que venga quien haya de venir, como un obseso, a zarandear mi carne y a insultar a mis gatitas. La ventaja de esperar, ya se sabe, es que el tiempo no lleva nunca prisa. O bien la lleva, e incomoda. De joven fui grosero, un muchacho con diversas alas y cadenas, alguien que no despreciaba el conflicto para disfrutar con las heridas. Hoy las cuento y descubro otras tantas que me han provocado los demonios. Laura ha comparecido y trae el maletín con el dinero. Nunca es suficiente...

10 de mayo

Acabo de acordarme y me ha quedado en la boca el mal sabor de todas las ginebras heladas e inconfesables que he bebido. No puedo culpar a M. de su desdén por el negocio, dado que ella cuenta con veinte años y yo no. Algún día le relataré cosas. Aquel tren expreso que nadie eligió pero que cargó con el pecho y las cajas atadas con cordeles de otra M., los meses que el azar, lo mismo que un cuchillo, dejó oxidarse hasta el cansancio dentro de mi cuerpo, y las noches, las espantables noches de vigilia. Ahora comprendo sus palabras al despedirse. *Desde cualquier lugar, desde cualquier hombre.*

Casi me decido a abandonar, lerda rendición que no soporto, y de golpe tapiar las puertas de la Casa, cerrarle a Virginia la puerta en pleno rostro, hacerme a un lado de la vida y acostarme solo como antes. Casi sin querer quiero morirme. Hoy se probará a una muchacha nueva y no codicio más muchachas. De Cambados, me parece.

22 de mayo

Qué decirle cuando, en la calle, me interpele por mi retrospectiva de rufián. Qué ofrecerle cuando me siga hasta el tugurio de Andrés el Temerario y allí mismo me confiese *soy tuya, amor*. Presumo que ya no valgo para tejer y destejer el tiempo con empeño casi casi bárbaro. Este sopor me postra como una idiota marioneta. Dondequiera vaginas a buen precio, bocas más rojas aún que el hastío, cuerpos tan bien desalentados que se asemejan a resbaladizas papeleras caídas en la noche de los sábados. Todo deseo es, en irrefutables pegajosidades, literatura...

Los actos más puros son los que acaecen desde la lejanía, cuando miramos con circunspección las piezas del puzzle y no reconocemos en ellas nuestro signo, las huellas de ese crimen que fue nuestra juventud, el episodio en que por mediación de un botarate no perdimos la vida de milagro. O lo que es lo mismo, nos fiaremos de quienes nos recuerdan sentados a la sombra de una acacia, en junio, y éramos nosotros. Pero lo verosímil es dejar hacer y deshacer al tiempo. Aunque desde aquí, desde la mesa sucia en la que escribo, la existencia se ve peor de lo que pensaba, por las calles, o eran coles, de Bruselas, con A. de mi brazo y los cigarros fétidos y el amor hecho brutalmente de pie, porque ella no quería acostarse en ningún lado y yo la amaba con locura. Ahora estoy solo y de nada me sirve el consuelo de haber vivido mucho. Son consideraciones aberrantes con las que podremos sobrevivir un día más, y el asco a veces de tal supervivencia me perjudica más que las mezclas de alcohol y mala leche y el Lioresal para tantos

calambritos. Menudo apaño la casa que un día le adquirí a Carles B. para que se cobijasen las chicas. Pienso en él y me apesadumbra su muerte, dos años atrás, como si con un error todo hubiera terminado. Los amigos, qué tontería los amigos: los tienes y son titiriteros de su propia necesidad para contigo. Y si no los tienes, que se jodan. Vino con su ropa la muchacha nueva y fui blando, por su carita hermosa y su entrepierna mansa. Una más en la familia. Se llamará a partir de ahora Betty, que es un nombre etéreo, o por lo menos de puta muy etérea. Está de acuerdo en líneas generales y me alegró un tanto la velada. Con dos de azúcar... Yo conocí Cambados de niño, le dije, y se echó a llorar.